

---

## Capítulo LXVIII.

---

[Una mujer que espera, y otra que teme.

Ya hemos dicho que en medio de la confusión de la batalla, y á favor de la claridad de un relámpago, reconoció Litzajaya á Velazquez de Leon, y lanzándose sobre él como una hiena, clavó un puñal en su pecho.

No bien cayó exámine el guerrero español, le cogió la india con sus hercúleos brazos, y con él á la espalda atravesó por entre los combatientes y llegó hasta donde estaba el grueso del ejército de los mejicanos.

Al reconocer estos á Velazquez le entregaron á los teopixques, y la india desde aquel momento peleó con denuedo al frente de sus hermanos.

Seria interminable describir el heroismo, la ener-

gía, el valor que desplegó Litzajaya en aquella lucha titánica.

Los mejicanos, entusiasmados al ver la serenidad con que combatía, el afán con que acudía á los puestos de más peligro, empezaban á sentir hácia ella un respeto, una adoración comparable á la que profesaban á sus dioses.

Durante la tregua que siguió al combate, aprovechándose la india de la influencia que ejercía en los mejicanos, queriendo explotar en favor de su causa la admiración que había despertado en ellos:

—He venido á reunirme con vosotros, porque sabía que peligraba nuestra independencia, y ante este deber he olvidado lo indigno de la conducta de los que han ayudado á arrebatarme el trono que me correspondía por la muerte de mi esposo, y he corrido á pelear con los extranjeros.

El cadáver que ha poco llevaba en mis brazos es la más elocuente protesta de las calumnias de que he sido objeto.

Si hubiera amado á ese español, no le hubiera dado muerte.

Un grito de aprobación resonó en todos los que la escuchaban.

Litzajaya continuó:

En el tiempo que he vivido entre los españoles he aprendido á conocer sus costumbres, las artes de que se valen para triunfar en los combates; he aprendido también su idioma, y si vosotros me ayudáis á recobrar el trono que me ha usurpado un ambicioso

despreciable, si me acatais como soberana de Panuco, yo al frente del ejército, podré devolver á Méjico la gloria, el esplendor, la magnificencia de otros dias, y ya no habrá que temer en lo sucesivo nuevas invasiones, porque con la organizacion que se dará al ejército podremos estar tranquilos respecto al porvenir.

Todos escuchaban con interés, con curiosidad á la valerosa india, y en su semblante se revelaba que se hallaban inclinados en su favor.

Algunos que recordaban que habia sido causa de la muerte de su esposo Naothael, no se mostraban tan propicios á secundar sus planes, y con su resistencia pasiva ahogaban el entusiasmo de los que sentian simpatias hácia ella.

Viendo Litzajaya que comenzaba á dibilitarse el entusiasmo que habia producido su llegada, y conociendo que no tenia tiempo que perder, acudió á su imaginacion para que viniera en su ayuda, y les habló en estos términos:

—Yo hubiera podido,—les dijo,—haciendo traicion á mi causa, disfrutar al lado de los españoles de las ventajas que me ofrecian, pero el recuerdo de mis hermanos me impulsaba á desoir sus proposiciones, á rechazarlas, y afrontando mil peligros he querido consagrarme exclusivamente á la defensa de mis hermanos.

Sé que hay alguno entre vosotros que duda de la sinceridad de mis palabras, que cree que sólo la ambicion, el deseo de recobrar el trono, es el que ha guiado mis pasos: el miserable que tal suponga, que

se atreva á revelarlo y le probaré lo que puede la indignacion en una mujer desgraciada; pero que si no retrocede ante ningun peligro, si todo lo arrostra por la independencia de su patria, celosa de su honor, de su buen nombre, no consiente que la calumnia se cebe en su honra, no permite que las almas mezquinas se atrevan á dudar de lo generoso de sus sentimientos.

Entre vosotros, repito, hay algunos cobardes incapaces de haber llevado á cabo las heróicas acciones que yo he realizado: que se presenten ante mi vista, que tengan el valor de decirme los viles pensamientos que les animen, y en presencia de los demás les arrancaré la lengua y azotaré con ella su rostro.

Litzajaya consiguió el objeto que se habia propuesto.

Como el número de sus entusiastas admiradores era superior al de los que recelaban de ella, enmudecieron los últimos, y al ver que los primeros ofrecian toda su proteccion á la india, los segundos hicieron coro con ellos, y todos se comprometieron solemnemente apurar todos los medios para que terminada la lucha que venian sosteniendo con los extranjeros, recobrase Litzajaya el trono que habia ocupado su esposo.

Mientras estos sucesos tenian lugar, Guacalcinla y una de sus esclavas, en una de las habitaciones del palacio imperial, sufrían aún más si cabe que los autores de aquel terrible drama.

Guacalcinla estrechaba en sus brazos al hijo ado-

rado de Guatimozin, y en aquellos instantes le asaltaba el temor de si su esposo había sucumbido en la lucha.

Su servidora se encontraba en una posición más violenta aún.

Su patria, sus hermanos queridos, el esposo de una hermana idolatrada, por un lado

Por otro el recuerdo de Velazquez, que constituía su vida, su felicidad, su Dios.

Para ella el dilema era terrible.

Si los españoles triunfaban, la esclavitud del imperio sería firmada con la sangre de sus hermanos.

Si los españoles eran vencidos, Velazquez sería una de las primeras víctimas, y tendría que ocultar sus lágrimas, porque todos las considerarían como un crimen de lesa nación.

¡Oh! Sostenía una lucha interior que la despedazaba.

Unas veces se prosternaba ante una estampa de la Virgen que le había regalado Velazquez.

Otras invocaba á los dioses de sus padres, sin acertar á formular lo que deseaba.

Tan pronto estrechaban á Guacalcinla contra su agitado seno, como se desprendía de ella con espanto porque adivinaba que hacía votos por que perecieran todos los españoles, y veía en su imaginación moribundo á su amante.

Las lágrimas que derramaba Guacalcinla, porque temía que su hijo quedara huérfano, excitaban la ternura de su servidora, y exclamaba:

—No sufras, Guacalcinla. Sé tú feliz, porque eres esposa y madre, y las esposas y las madres son queridas de los dioses.

—¡Ah! En vano quiero desechar los tormentos que laceran mi alma,—contestaba Guacalcinla,—¿Qué será de mí y de mi hijo si Guatimozin deja de existir?

Abandonemos á su dolor á la pobre Guacalcinla, y veamos qué había sido de Botello y de Pedro, el hijo de Motezuma, al separarse de los españoles.

---

## Capítulo LXIX.

---

Donde se vé á un astrólogo en un subterráneo.

El astrólogo Botello, que á pesar de sus años conservaba la agilidad y el vigor de la juventud, atravesó en poco tiempo un lindero que conducía al bosque vecino.

Se internó en él y durante un cuarto de hora continuó vagando por la espesura.

Pedro le seguía silenciosamente.

Después de escuchar largo rato y de convencerse de que nada debían temer, encendió fuego Botello para buscar donde guarecerse.

Al cabo de un buen rato descubrió un agujero que daba entrada á una especie de cueva; se disponía á penetrar en ella, cuando recordó que podía muy bien

ser la guarida de algun jaguar, y no le halagaba la idea de ser víctima de su ferocidad.

Para resolverse á adoptar una determinacion, evocó á su ciencia; pero desgraciadamente la oscuridad de la noche no le permitía consultar á las estrellas.

Pero como soldado veterano acostumbrado á desafiar los peligros, le cautivaba más y más la idea de penetrar en aquella cueva.

No queriendo exponer á su protegido á las consecuencias de temeridad, le hizo subir á la copa de un árbol.

Botello, á quien su cualidad de astrólogo no le impedía ser muy gloton, llevaba siempre provisiones.

Dió parte de ellas á Pedro, y se propuso llevar á cabo la resolucion que habia adoptado.

Preparó su ballesta, encendió una gran hoguera al lado de la caverna, y al reconocer la entrada de esta y ver que habia una especie de rambla que conducía al interior, creyó que lo mejor que podía hacer para convencerse de si estaba habitada era encender algunos troncos, rodarlos por la pendiente que formaba la entrada, y aguardar preparado la salida del que allí estuviese, porque el instinto de conservacion le obligaría á abandonar su guarida.

Ningun ser viviente acudió á aquel llamamiento tan poco galante, y el bueno de Botello, cuya mayor debilidad era un excesivo amor propio, se felicitaba por aquel rasgo de ingenio que tan buen resultado le habia dado.

Despidióse de su compañero, le ofreció volver en su busca cuando terminase su paseo de exploracion, y penetró en la cueva.

Los primeros pasos que dió le convencieron de que hacia mucho tiempo no habia penetrado allí alma viviente.

Millares de insectos de los que se encuentran en los lugares deshabitados y oscuros huian ante el resplandor de la tea que llevaba en su siniestra mano.

Continuó caminando sin encontrar los troncos de árbol que habia arrojado, y esto le indicó que aun le quedaba mucho espacio que recorrer.

Al fin, en un recodo que hacia cambiar la forma de aquella mansion, notó una especie de verja de hierro.

Estaba enmohecida: así es que sin gran trabajo pudo romperla.

A la violenta de los golpes y al deprenderse la reja de la masa que la sujetaba, se le apagó la tea.

Botello, á pesar de su valor, notó que le flaqueaban las piernas.

Repuesto del susto, encendió de nuevo la tea, y cuando se persuadió de que nada tenia que temer, exclamó con el buen humor que le caracterizaba:

—Estoy seguro de que si alguno me hubiera visto, creeria que habia tenido miedo. ¡Miedo yo, que soy capaz de luchar con un jaguar y de partirle la cabeza de un puñetazo!

Satisfecho de lo que acababa de decir, prosiguió su marcha, y se sorprendió al ver que una escalera de piedra se presentaba ante su vista.

Bajó unos cien escalones, y su sorpresa creció de punto al hallarse en una magnífica galería, en la que de trecho en trecho habia asientos de piedra.

—Nos sentaremos, —dijo, —porque á lo que se vé, se conoce que hay que recorrer gran distancia hasta llegar al fin, y el arquitecto ha dispuesto hábilmente estos objetos de descanso.

Y así diciendo, hizo un agujero en el suelo para clavar la tea, y se sentó tranquilamente.

Hemos dicho que era muy gloton, y el estómago empezó á reconvenirle por el descuido con que ya hacia rato le trataba.

—No te incomodes, hijo mio, —añadió Botello, sacando un enorme torrezno. —Nadie se opone á que te complazca, y me parece quedarás satisfecho.

Y al pronunciar estas palabras, engullia sns provisiones y las regaba de cuando en cuando con sendos tragos de un vino rancio, que exhalaba un aroma capaz de resucitar á un muerto.

—Pues, señor, —continuaba con esa alegría que se siente despues de comer, —ó yo estoy soñando, ó me parece que por aquí voy aproximándome á una aventura de esas que hacen época en la vida de los hombres.

No hay quien me quite de la cabeza que esto debe poner en comunicacion á algun palacio, y tal vez esta galería habrá sido testigo de amorosos coloquios.

No, pues lo que es yo no he de quedarme con la duda. Recojamos los trebejos, y en marcha.

Y al terminar estas palabras continuó caminando, y al poco rato una bocanada de aire apagó de nuevo la tea.

—Vamos, el diablo quiere divertirse conmigo.

Siguió á tientas un momento, y se explicó entonces por qué se había apagado la luz.

Una puerta, medio derruida por la humedad daba entrada por sus resquicios al aire.

La sorpresa de Botello no tuvo límites al percibir por las rendijas que se hallaba próximo á un delicioso jardín.

Violentó la puerta, cedieron los goznes á su impetu, y á la luz del crepúsculo (ya empezaba á amanecer), reconoció aquel jardín, y vino en conocimiento de que era el que rodeaba el palacio imperial.

Ebrio de alegría por el descubrimiento que acababa de hacer, regresó en busca de su compañero.

El pobre niño recobró su alegría al verle; Botello le dijo que aguardase en el subterráneo su vuelta, porque iba á separarse de él algunos momentos; y para que pudiese reposar cómodamente, recogió hojas de árbol y algunas ramas, é improvisó un lecho suficiente para que Pedro, cediendo al cansancio, no tardase en quedar profundamente dormido.

Botello tapó la entrada de la cueva con una enorme piedra, la cubrió con ramaje, y en los árboles inmediatos hizo unas cortaduras, practicando la misma operación hasta la salida del bosque, con objeto de

que le fuera fácil al regresar encontrar aquel asilo.

En seguida se dirigió á participar á Hernan Cortés el resultado de su exploración, seguro de que por la importancia del descubrimiento que acababa de hacer le perdonaría la deserción de sus filas en el momento más reñido de la batalla.

Pero ¿cómo, dirán nuestros lectores, una cueva que tenía salida al jardín imperial era desconocida de los mejicanos? Y si no lo era, ¿cómo estaba tan abandonada y carecía su entrada de la seguridad conveniente para que en ningún tiempo fuera un peligro para los habitantes del palacio del emperador?

La tradición, que aun se conserva en Méjico, satisfará estas preguntas.